

Sres. Bartolomé Chaves, Carlos Greiffenstein y Miguel Vásquez Barrientos.

En 1885 se alejó el Sr. Castro de esta ciudad por última vez. En su viaje a Europa, la curiosidad lo llevó hasta San Petersburgo. Al regreso estuvo en Supía para informar al Sr. Chaves de una negociación que habían tenido entre manos. Resuelto a abandonar el País, embarcóse en Buenaventura, con dirección al Perú, dirigióse de nuevo al Cuzco, en busca de su amigo D. Ricardo Villa, y allá le llamó la muerte en 1899.

Medellín, 19 de mayo de 1924.

ESTANISLAO GÓMEZ BARRIENTOS

## BOGOTA EN 1823\*

Cuando llegué a la meseta, la vida, aun para las clases altas de la sociedad, era de una simplicidad primitiva y muy semejante a la de los españoles en la edad media; no existía el lujo sino en los vestidos de gala.

Los apartamentos eran blanqueados con cal. En cuanto a mueblaje, estaba reducido a una mesa, bancos, sillas de madera y un sofá bajo, donde, a la usanza morisca, se sentaban las mujeres sobre los talones. En casa de los más encopetados había piezas tapizadas con pieles de Córdoba, y butacas de roble que no se movían sino con dificultad: así eran de pesadas. De éstas, yo pude admirar varias que databan indudablemente de la época inmediatamente posterior a la conquista.

Si la vajilla de plata era de uso general entre los ricos, en las clases medias no se usaba sino la grosera alfarería. Sin embargo, casi siempre se bebía en jarros de plata más económicos que los vasos de vidrio frágiles y por demás caros y escasos en la comarca. Muy poco uso tenían los cuchillos; rara vez se ponían tenedores, de manera que generalmente era necesario un lavado después de las comidas.

Nada tan poco variado como el alimento. Casi todo el mundo desayunaba con chocolate claro y caliente.

\* Hemos hecho traducir los párrafos que se leerán en seguida, del libro *Memoires de J. B. Boussingault*, obra muy escasa y que contiene muchas e importantes noticias acerca de las costumbres de los colombianos en los primeros diez años de República.

Cada uno lo preparaba en su casa, mezclando al cacao torreficado y molido sobre una piedra calentada, un poco de maíz. La cantidad variaba con la posición social del individuo. En los criados era más que abundante, y los amos no bebían sino chocolate acompañado con huevos estrellados, o huevos fritos en la manteca de cerdo, o en gordana, grasa por otra parte muy hermosa y apetitosa.

He establecido diferencia entre los huevos estrellados y los huevos fritos, a causa de un accidente, muy desagradable por cierto, y con el cual acabé por familiarizarme. Helo aquí: en ese entonces no había cocina propiamente dicha ni aun en las mejores casas. Y en verdad que, una cocina, tal como nosotros la comprendemos, no era necesaria.

En una pieza se ponían al nivel del suelo tres grandes piedras que hacían el oficio de trípode. Este era el fogón. Allí caían abundantemente lo que Barguiau llamaba las inmundicias de la atmósfera, los polvos del aire, tanto más abundantes cuanto que en ese entonces no se conocía el uso de la escoba; en el polvo abundaban los cabellos, porque tanto las damas como las esclavas tenían la costumbre de peinarse en la cocina.

En los huevos estrellados los cabellos conservaban su flexibilidad, y por el color se podía adivinar la cabeza de donde provenían. En su masticación yo experimenté por mi parte un sentimiento de disgusto; antes de comerlos los separaba como podía, tal como se procede con aristas de un pescado. Al contrario, en los huevos fritos, por la elevada temperatura a que se sometían los cabellos, se asaban poniéndose quebradizos; se les comía, o más bien, se les cascaba sin percibirse uno de ellos.

Con los huevos se freían rebanadas de papa o tajadas de banano maduras y azucaradas; era un manjar delicioso, análogo a los buñuelos. En suma, el almuerzo era copioso.

Comíase a la 1 ó a las 2 en 1823. Voy a describir una comida sencilla en casa de un distinguido abogado.

Primeramente se servía la famosa "olla podrida" de los españoles, un puchero, un pedazo de carne de buey hervida, enterrada en papas, albaricoques despojados de sus huesos, *garbanzos* (guisantes mezuquinos), arroz, col y tocino.

Estábamos solos en la mesa. La señora de la casa y

su hija, dos personas encantadoras, comían en una pieza aparte, quizás en la cocina. Así era la costumbre.

La "olla podrida" me pareció deliciosa. No había servilletas. Uno se limpiaba con un mantel estrecho y bordado. Las cucharas, los tenedores y las fuentes eran de plata; los platos de loza. Era un lujo inusitado. Hasta aquí, nada de bebida. Felizmente trajeron caldo caliente. Pasada la primera impresión, logré acomodarme bastante bien a esta bebida. Por condimento había sal y pimientas largas que cauterizaban la boca.

A la "olla" sucedió un plato de col, adornado de salchichas, y siempre el caldo. El pan era bastante bueno, muy superior al pan francés, que tiene, según creo, una reputación inmerecida.

Vino en seguida una bella colección de dulces de guayaba y de cidra. Luégo vino el momento de beber. A una señal del anfitrión aparecieron grandes jarros de plata llenos de agua. Nunca recuerdo haber bebido tanta agua de una sola vez.

El indio que nos servía dijo una oración, "las gracias", hicimos la señal de la cruz, y comenzamos a fumar.

Acompañé a mi anfitrión a una de sus haciendas, y por la noche asistí a la *tertulia* o reunión de amigos. Las damas estaban agrupadas en un diván recostado al muro del salón, el cual estaba alumbrado con una sola bujía. La luz incierta agrada para las conversaciones íntimas. Las damas, generalmente bellas y siempre amables, distribuían cigarros a los caballeros, los cuales los prendían inmediatamente, de tal manera que pronto estuvimos envueltos en una espesa nube de humo. Instaláronse algunas partidas de *monte*, el juego favorito del país y en el cual se juegan gruesas cantidades; se tomó chocolate y se comieron confites. La reunión fué agradable. La "tertulia" gusta; allí se puede asistir sin el menor tocado y sin haber sido invitado.

En las clases inferiores—pues no existían ni existen clases medias en la sociedad—los alimentos no se diferenciaban de los que acabo de describir. Los artesanos, bastante escasos, los "campesinos" se alimentaban particularmente de "ajaco"; éste es una mezcla de carne de buey o de carnero, cortada en menudos trozos y cocida en agua con papas que se condimentaban con ajos y cebollas. La cocción tenía lugar rápidamente a causa de la pequeñez de los pedazos. En menos de un cuarto de

hora el "ajiaco" estaba preparado: en realidad era una buena comida. Las salchichas, la manteca y el tocino entraban también en la alimentación de las gentes de trabajo.

Todas estas comidas se tomaban cerca del fogón; nada de mesa; a lo más bancos o escabeles. El chocolate se tomaba a tarde y a mañana, bebiendo en seguida un vaso de agua. En las comidas del día, y aun fuera de estas comidas, se toma "chicha" (cerveza de maíz), bebida muy fortificante y mucho más alcohólica que la cerveza europea.

He visto *orejones* y aun ricos cultivadores que pasan una parte de su vida a caballo para cuidar los rebaños, que, hallándose cerca de un arroyo de agua límpida, caminan una legua a gran galope para ir a beber "chicha". (1) Una prueba:

El suceso ocurrió después de que la victoria de Boyacá había dado posesión a los patriotas, de las altas regiones de la Nueva Granada; por doquiera Bolívar era recibido como triunfador. Todos los que lo hubieran tratado como una bestia feroz, si hubiese sido vencido, acudían a él para rendirle homenaje. La casa en donde el general había establecido su cuartel, vivía asaltada por multitud de visitantes, cuando un recién venido, personaje importante y uno de los más ricos propietarios de la sabana, se presentó. Bolívar llamó a un joven francés, uno de sus oficiales del Estado Mayor, para pedirle que rogara al "hacendado" aguardar algunos instantes, pues quería recibirle personalmente. El ordenó a su ayuda de campo que recibiese al personaje con los mayores miramientos y que lo hiciese refrescar con vino de Burdeos.

— ¡Del mejor, mi general?

— Sí, del mejor que haya.

El Comandante no se dejó interpelar segunda vez, y ordenó al mayordomo--cocinero que trajese inmediatamente el vino, el cual ofreció entonces al "hacendado". Se destapó y estuvo listo para ser tomado. El joven oficial apuró de un solo sorbo el excelente licor, pero su convidado, luégo que hubo llevado a los labios el vaso, levantándose bruscamente y arrojando lleno de cólera el vino, exclamó:

Esta es una broma que no se debe hacer con un hom-

(1) Tienen horror al agua, y el vino, si no es vino de España, no gusta a los que están habituados a beber "chicha."

bre de mi edad y de mi calidad; tinta es lo que Ud. me ha dado. ¿Quiere Ud. envenenarme?

— ¡Tinta! exclamó el oficial, ¡vaya pues! En todo caso, esto no es tinta, observen ..... y bebió de tres sorbos, tres vasos del Burdeos.

— Este es, agregó, el mejor vino que posee el general.

El campesino se apaciguó, sonrióse y declaró el vino detestable.

El sabor estíptico da, en efecto, aun a los burdeos de mejor clase, un sabor que recuerda el de la tinta. En cuanto al oficial, bastante tunante, llamó un camarada para que le ayudase a terminar la botella, pues no quería envenenarse solo.

Se consume poco pan de trigo en los campos. Se le reemplaza con galletas de maíz, con pedazos de yuca o con papas. El queso entra también, y en gran cantidad, en el régimen de los trabajadores.

Los artesanos, la mayor parte de las gentes del campo, son mestizos, mezcla de sangre india y de sangre blanca. Los hombres son vigorosamente constituídos, y las mujeres tienen una lozanía, una belleza, que no pueden menos de atraer la atención del viajero.

Por lo que se refiere a los indios, están relegados a una categoría distinta. Generalmente viven fuera de la ciudad, en cabañas circulares de techo cónico, que dejan escapar el humo exactamente como en los tiempos de la conquista. La única diferencia entre el Muisca actual y el Muisca de antaño, consiste en que aquél ha perdido la lengua nacional.

El indio vive casi como sus antepasados vivieron: se alimenta con papas cocidas en agua o asadas en la ceniza, con pedazos de arracacha, con legumbres secas y con galletas de maíz; consume poca carne, a no ser que se trate de la de *curí* (conejillo de indias) o de salchichas; es un gran bebedor de chicha. Con su familia, siempre escasa, cultiva un pequeño campo (la chacra), y cría gallinas. Es pequeño, admirablemente musculado; se hace criado, pastor, y en suma ejerce todos los oficios que requieren poca fuerza. Es constante y paciente en el trabajo; en los caminos se le encuentra hilando en husos el algodón, mientras marcha y vigila su rebaño: lo mismo que hacía bajo el dominio de los Zagues. Por lo demás el indio de Bogotá es ratero, mentiroso, miserable y borracho como sus padres.

Llegado a Bogotá antes de la invasión europea que

siguió a la declaración de la Independencia, yo pude observar el estado social tal como era cuando las colonias españolas no hacían comercio sino con la metrópoli. Con mucho trabajo se pudo ver al cabo de unos veinte años, tres o cuatro extranjeros en la meseta Muisca. No se conocían más que negociantes y mercancías castellanos.

En cuanto a la educación y las costumbres, eran las mismas de España en la edad media: una religión automática; obediencia absoluta a un clérigo absoluto y tolerante, y la pasión del juego llevada al exceso, tal como sucede a una sociedad ociosa e ignorante que no tiene ninguna aspiración hacia las cosas elevadas; hombres y mujeres jugaban de una manera desenfrenada. Y una vez me encontré en una tertulia donde se comenzó por jugar una peseta; animóse el juego, y en la noche el general Urdaneta perdió 20,000 pesos. En las fiestas nacionales se jugaba en la plaza pública, y aun las más aristocráticas damas arriesgaban sumas considerables; era tal la animación que no desamparaban las cartas y nadie hubiera podido hacerlas levantar. Así al día siguiente, el lugar que ellas habían ocupado, semejaba en verdad el establo de Augias.

Las riñas de gallos eran bastante frecuentes. Se hacía batir hasta la muerte a estos pobres animales en una arena rodeada de gradas que contenían a los espectadores. Yo fuí con gusto a una gallera con mi amigo el general París, cuyos gallos gozaban de una merecida celebridad; los "París" alcanzaban a menudo precios excesivos. He visto al dueño del triunfador cobrar de 1,000 a 2,000 pesos.

En 1823 los hombres llevaban capa, la cual ocultaba muy a menudo un negligente tocado. El vestido de los eclesiásticos, de los monjes está fuera de cuestión: él, como la Iglesia católica, es inmutable.

Respecto a las damas, el vestido, bien que un poco masculino, no dejaba de tener gracia. Un sombrero de hombre, de paja o de castor, rodeado de una cinta y ornado con flores, puesto sobre la cabeza cubierta con un chal ricamente adornado, bastante amplio para que pudiera disimular el rostro, cubriéndolo de la misma manera que una manta. Una falda de muselina forrada y guarnecida con una guirnalda o un festón, la cual no llegaba a la pantorrilla; medias de seda y zapatos de satín blanco. Los brazos permanecen bajo el chal, de manera que

pueden por un movimiento de lo más coqueto, y provocativo, ocultar el rostro a un perseguidor, dejando justamente una abertura para mirarlo y atraerlo. Este era el vestido de visita, de gala. Sin embargo había un vestido que se ponía, cuando se iba al comercio, y quizá también, y de ello estoy seguro, para las citas, y para ir a la Iglesia. Verdaderamente tenía la regularidad de un uniforme. A diez pasos un marido no reconocía su mujer, pues todas estaban vestidas del mismo modo. Yo encuentro esto muy puesto en razón! Era un sombrero de Anverguat, de fieltro negro, de largas alas, horizontal. Luégo venía una manta de tela azul la cual descendía un poco más abajo del codo, y permitía por su amplitud, *jouer de l'œil*, es decir, taparse la cara. Bajo la manta, una camisa de cuerpo muy descotada, bordada con arte; después un faldón de seda fijado en las caderas por medio de un cinturón de lana; el faldón era plegado, y para mantenerlo estirado abajo llevaba una orla llena de granos de plomo.

Entre las mujeres del pueblo el vestido usual, era solamente el faldón de tela azul común. En la casa o en la tienda permanecían en enaguas o en camisa. Para salir se ponían la mantilla cuando se trataba de comadrear, y el sombrero cuando se tenía que ir más lejos.

Los indios puros vestían de algodón, tal como los vió el conquistador Jiménez de Quesada. Un *poncho*, ruanita que tiene un hueco por donde pasa la cabeza, una especie de casulla, calzoncillos cortos, algunas veces camiseta y siempre un sombrero de paja de maiz; los pies desnudos, como los tienen por otra parte los mestizos cuando no alcanzan a alpargatas.

Cuando una europea, Mme. Roulin, llegó a Bogotá, llevaba el mismo vestido que se usaba en Francia en 1822: sombrero de seda con flores artificiales, abrigo de seda, corsé, chal Ternaux, guantes, botines o bien blusa de tela cruda y sombrero a la Paméla. Estaba encantadora, es verdad; se contoneaba y no olvidaba remangar la falda para dejar ver una pantorrilla bretona irreprochable. Esto causó una revolución entre las *señoritas*, y las preguntas que me hacían sobre el tocado de mi bella compatriota eran encantadoras e indiscretas por demás. Lo que más les intrigaba era el talle de avisa de la dama francesa.

“D. Juan: ¿no es cierto que es necesaria una *máquina* para hacer disminuir tanto eso? Dígale Ud., puesto que

la conoce, que se vista delante de Ud., y entonces Ud. hará un diseño de la *máquina* para nosotras.

El corsé fué pronto imitado y usado.

Los europeos afluyeron a Bogotá; el comercio inglés se apoderó con la actividad febril que le caracteriza, de los mercados que la libertad había abierto.

J. B. BOUSSINGAULT

(Traducido del francés por Jaime Robledo Uribe).

---

## DOCUMENTOS HISTÓRICOS

relativos a la patria del General Córdoba. (1)

---

### CARTA

en que el General Córdoba lega a la ciudad de Rionegro su corona, y con ella sus glorias.

A la M. I. Municipalidad de la ciudad de Rionegro.

Ilustrísimo Señor:

Al dirigirme a V. S. I. con el más digno objeto de mi carrera, mi corazón palpita de gozo. El Libertador de Colombia i el Perú ha colocado sobre mi cabeza la corona cívica que con los más vivos sentimientos de amor patrio remito a V. S. I. para que este monumento de la generosidad del Libr. de mi gratitud a mi patria lo haga V. S. I. depositar en la Sala de sus despachos. Yo no hubiera sido capaz de resistir este honor sagrado sobre mi cabeza, porque no lo

(1) Escribimos *Córdoba* de acuerdo con la ortografía de la Academia Española.